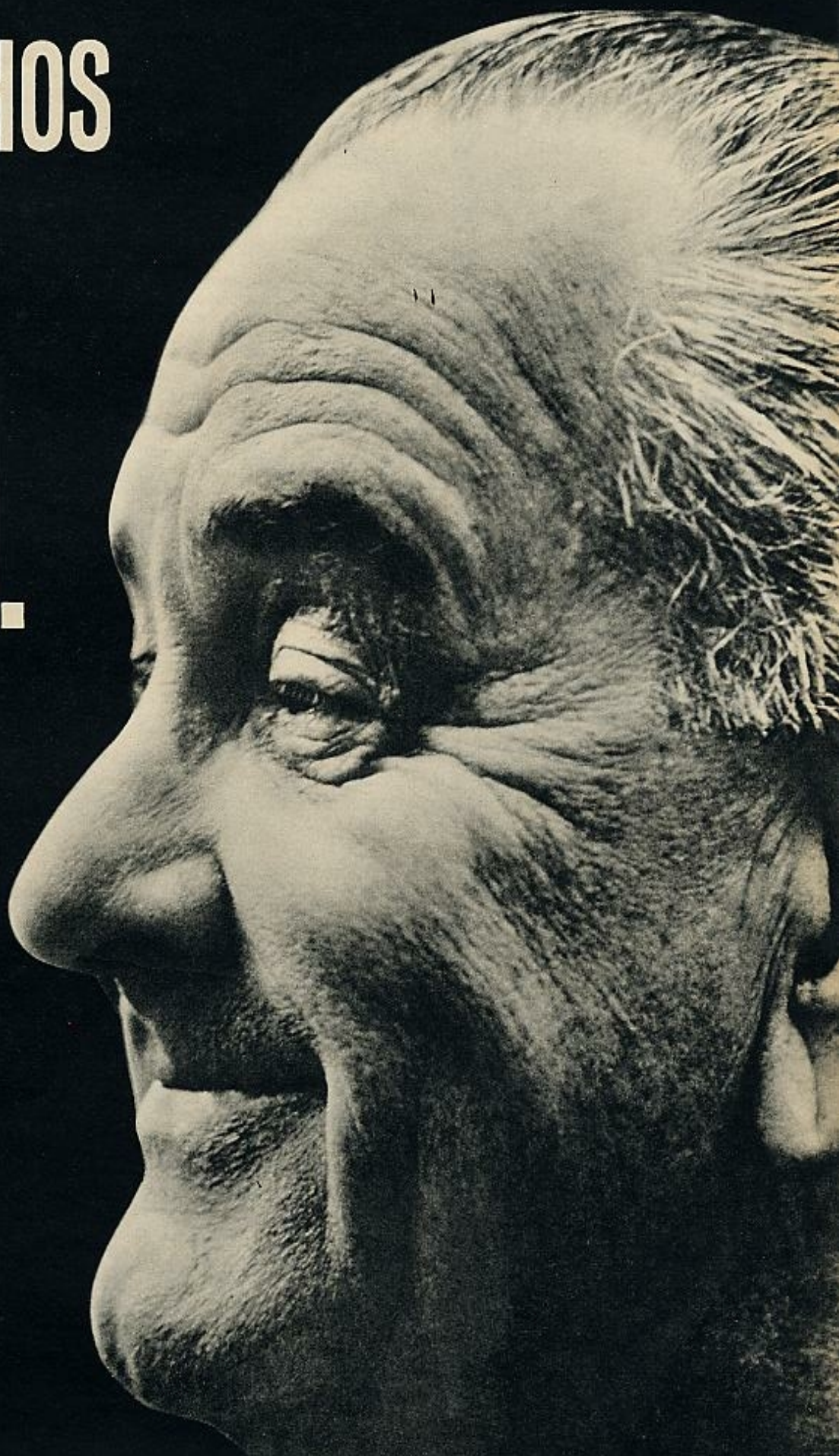


Por **JOSEPH KRAFT**

LOS CAPRICHOS DE L.B.J.

Joseph Kraft, uno de los observadores mejor informados de Washington, se encuentra en Europa. Según él, la nueva situación norteamericana es inquietante y no bien conocida por los europeos en todos sus aspectos. El artículo suyo que publicamos da claves para el conocimiento de algunas singularidades de la actual política de la Casa Blanca, de indudable repercusión internacional.

LOS bombardeos americanos de Vietnam del Norte no marcan sólo un primer paso en «la escalada» hacia una guerra poligrosa. Su importancia deriva también del hecho de que marquen una ruptura con las principales líneas directrices de la política exterior americana. De un solo golpe, los Estados Unidos se han enajenado a Inglaterra, Francia y las Naciones Unidas. Han puesto en un compromiso su diálogo con Rusia, que ha sido el resorte inconfesado de las iniciativas de Washington **SIGUE**





desde hace años. Han hecho resurgir el espectro que más aterroriza a los americanos, el de su entrada en una guerra terrestre en Asia. Han debilitado las oportunidades de desarrollo de una de las mayores esperanzas del pueblo americano, el conflicto chino-soviético.

el silencio de la opinión

¿Por qué? ¿Qué elemento nuevo ha venido a modificar la situación? No hay que buscarlo, sin duda, en el juego de la política interior americana, ni en una presión de la opinión pública. Menos aún —como les gusta creer a muchos intelectuales franceses— en una presión de los militares o de los consejeros civiles del Presidente. Todo indica que actualmente estos grupos dan prueba de una notable pasividad, lo que deja al Presidente una gran libertad de acción. Y aquí está la clave del asunto: para bien o para mal, la política americana depende hoy de la voluntad, o incluso de los caprichos, del propio Presidente. Se trata de un caso de diplomacia personal al más elevado nivel, fenómeno que no es desconocido en la Francia del general De Gaulle.

Tomemos en primer lugar el estado de la opinión pública. Es cierto que en caso de una victoria comunista en el Vietnam los medios derechistas lanzarían contra el Presidente sus habituales acusaciones «de baratillo». Es también cierto que cuando el Gobierno francés, los liberales americanos y el secretario general de las Naciones Unidas recomiendan un arreglo negociado, todos los anticomunistas histéricos, los nostálgicos del senador Goldwater y los antiguos maccarthystas se despiertan para exigir una actitud más dura frente a la traición comunista. Pero sus llamadas no encuentran ningún eco en el país.

No existe el menor signo de una ola de nacionalismo provocada por los acontecimientos de Vietnam. El día del último bombardeo —un «raid» de 160 aviones que hubiera llamado la atención durante la segunda guerra mundial— ni siquiera se habló de ello en Washington. Un periodista del «New York Times» escribió que acababa de realizar una jira de 3.000 kilómetros a través de los Estados Unidos «sin oír una sola discusión seria sobre el problema vietnamita».

Sobre este fondo de indiferencia pública, incluso los más resueltos y los más populares de los jefes militares habrían tenido dificultades para imponer, contra la voluntad del Presidente, una política de su elección. Esta política existe, naturalmente. El Ejército del Aire preconiza desde hace tiempo el bombardeo de Vietnam del Norte, y no quedaría descontento si el engranaje de las operaciones le llevara a arrojar bombas —bombas clásicas— sobre las instalaciones atómicas chinas. Los jefes del Ejército de Tierra, por su parte —incluido el general Maxwell Taylor, actual embajador en Saigón—, se sienten inclinados a apoyar el punto de vista de los aviadores, que les permite alejar la perspectiva de un sangriento encuentro terrestre sin decir abiertamente que lo temen.

bombas sobre china

Pero ninguno de los jefes militares actuales tiene bastante carácter o popularidad para poder desafiar al Presidente o forzarle la mano. Todos han sido escogidos por el secretario de la Defensa, Robert McNamara, por su docilidad respecto al poder civil y su respeto de la lógica electrónica. Tienen más semejanza con unos contables en uniforme que con el

¿Qué pasa en Washington? Los ataques al Vietcong son dirigidos por el Presidente.

L. B. J., de inmensa vanidad, ha apartado a sus adjuntos, incluso al vicepresidente Humphrey, y lleva solo la voz cantante.

Para comprender el alcance de las represalias adoptadas no hay que pensar en un plan premeditado, sino en la psicología y los reflejos de L. B. J.





El Presidente en su rancho —que lleva precisamente el nombre de L. B. J.— junto con Lady Bird. Lyndon B. Johnson está resuelto a ser el que decida en todo.

general McArthur. De hecho, ni siquiera aprovechan las ocasiones que se les presentan.

En el transcurso del «raid» de represalia que siguió al ataque Vietcong contra la base de Pleiku, por ejemplo, los aparatos embarcados de la VII Flota pudieron arrojar sus bombas, pero una formación que había partido de las bases de Vietnam del Sur no pudo hacerlo a causa del mal tiempo. Se preguntó entonces al general Wheeler, presidente del Comité de jefes de Estado Mayor, si era esencial el enviar aquellos aparatos por segunda vez sobre el objetivo. Lejos de exigir un segundo ataque, se contentó con responder que se trataba de un problema político. Los aviones fueron, finalmente, vueltos a enviar a su objetivo pero la decisión fue motivada explícitamente por razones no militares.

el club de los cinco

Los consejeros civiles del Presidente no están en mejor posición para forzarle la mano. No representan, por otra parte, más que un pequeño grupo de hombres, ninguno de los cuales goza en el país de una popularidad personal. El vicepresidente Humphrey —incontestablemente popular, sobre todo entre los liberales— ha sido apartado del «grupo de decisión», así como el personal político de la Casa Blanca. Este grupo se reduce, de hecho, a cinco personas: el secretario para la Defensa, McNamara, y su adjunto John McNaughton; el secretario de Estado, Dean Rusk, y su adjunto, William Bundy; el consejero privado del Presidente para los problemas de seguridad, McGeorge Bundy (hermano menor de William).

John McNaughton y William Bundy son hombres que nunca han dirigido nada personalmente y que son sencillamente «adjun-

tos». Dean Rusk no es un hombre que dicte a los Presidentes lo que deben hacer. Su poca influencia ha sido dramáticamente confirmada hace un mes, en el momento en que el ataque del Vietcong contra Pleiku desencadenó las represalias contra el Vietnam del Norte. Rusk estaba entonces de vacaciones en Florida: el Presidente insistió para que siguiera allí todo el tiempo previsto.

las mismas iniciales

Robert McNamara y McGeorge Bundy han visto igualmente cómo sus posibilidades se debilitaban. Su punto fuerte es la discusión metódica de un gran número de opciones y la comparación de sus respectivos méritos. Es lo que han hecho —con gran brillantez— en el momento de la crisis de los cohetes cubanos de 1962. Pero en la crisis actual no ha habido ninguna discusión de este tipo. Parece que no se ha tratado, en la Casa Blanca, de decisiones políticas fundamentales, sino sólo de saber qué objetivo bombardear y cuándo.

En estas condiciones el que lleva la voz cantante es el propio Presidente. Esto no debe sorprender. Después de todo, se trata de un hombre de una inmensa vanidad. ¿Existe alguna otra persona en el mundo que se haya preocupado de que todos los miembros de la familia tengan las mismas iniciales que él? Celoso de sus prerrogativas presidenciales, el Presidente Johnson pretende decidir en todo. Recientemente se puso furiosísimo al enterarse de que se había nombrado un nuevo jefe de Policía de Washington sin consultarle.

La eliminación de Humphrey y del Estado Mayor de la Casa Blanca, la reducción al mínimo de las discusiones, han estado sin duda deliberadamente orquestadas por el Presiden-

te, con el fin de conservar las riendas del poder entre sus manos.

como en el senado

No cabe ninguna duda de que lo ha logrado. Los bombardeos de Vietnam del Norte están, en efecto, dentro de la línea de su carácter. Corresponden a su temperamento de activista al que le gusta utilizar el poder de que dispone y que estima que los Estados Unidos no deben dejarse maltratar en el mundo sin reaccionar. Corresponden también a la táctica que Johnson ha empleado siempre con sus adversarios en el Senado: responder a una presión con una contrapresión. Se conduce con el Vietnam del Norte como lo haría con un rival político, reservándose la posibilidad de llegar finalmente a un arreglo negociado.

Dos conclusiones se imponen, se juzgue buena o mala esta táctica. Primero: ya no es exacto considerar que lo que hace Washington expresa necesariamente una línea política precisamente definida y cuidadosamente planificada. Ahora hay que tener en cuenta un factor personal que escapa a los cálculos y a la previsión. Ocurre cada vez con más frecuencia que los actos precedan a la definición de la política.

Segundo: los que esperan influenciar a Washington, y en especial el Gobierno francés, ya no pueden contentarse con presentar argumentos coherentes y una documentación inatacable. Ahora deben tener en cuenta la psicología particular, los reflejos personales y el estilo del hombre que gobierna, prácticamente solo, los Estados Unidos: Lyndon B. Johnson.

J. K.

(Copyright mundial "Le Nouvel Observateur", 1965) Fotos Archivo